HÉCTOR DAVID GATICA

CAZANDO

Lo más emocionante era la noche
tocándonos apenas la punta de los pies.
Yo alumbraba su puntería con una linterna
y él baleaba los gritos de las vizcachas.
Años después a mi hermano lo llevó su ingeniero a la ciudad,
ése que ya le apuntaba en los tobillos
y que le dio un rostro de dos pisos.
Todo para nosotros fue un acontecer de senderos y de cuevas
entre iguanas y lampalaguas.
Mi hermano tenía la siesta en los cabellos.
Una vez me dijo que él era la siesta
y le creí
pues yo sentía el tiempo al lado de su sombra.
Aquellos atardeceres y su silbido me eran similares
y lo recuerdo tanto así en cuclillas al anochecer
tanto
como a la tierra fina que echaba sobre las trampas.
Una piel de zorro es tan hermosa para mí
que volvería a ser niño por sólo una piel de zorro.

CHÚCARO

Azotes, espuelas y caricias
le frenan la potencia encabritada.

Una ilusión de pérdida lo invade
desde el lomo hacia el suelo sobre churquis
donde se acabaría Alfonso Ibáñez
y todos los que doman
desde esta tierra al norte.

Pero el tiempo es dolor que al fin se aprende.

Doblando sus luciérnagas de espanto
ha de inclinar la sangre en el maíz
baba caída en días de equilibrio.

Y se atará el poniente entre las crines
con claveles de estrellas sangrantes al costado
por la música de las espuelas.

Por último
bajo el rocío de los dedos de Alfonso el domador
todo vendrá a rendirse por las lonjas y el morral
que amansarán el miedo de las grupas.

ALAMBRADOR

Tiene un canto en las virutas que le saca a la madera
el gusano de acero del taladro.

Tenazas callosas
las manos de los Flores
tiranteando las cuerdas del potrero
hasta darle el sonido de una larga guitarra
con trastes de varillas, medias trabas
y recios rodrigones...
Un destino de músico y peón.

II

Encerrando distancias por la Merced de Amaya
desde la Sierra de las Minas
hasta dar con los guadales de La Médula
desenrollas tu vida, alambrador,
y la entierras como un poste de retamo.
Y en las manos
cuando quieres posarlas sobre tu hijo
se te vuelven corteza las caricias.

ALUMBRAMIENTO DESDE EL BARRO

Siento los pies congelados.
El viento sopla afilando la mañana.
Aquí sucede
que hay que quebrar el agua para poder amarla.
Observa mis manos

partidas por la música del barro. Mira como, goteando,
me salen murallas por la punta de los dedos.